

y la adhesión fervorosa suscitada en media Europa por la idea de la Nación-Estado, reverdecían entonces planteamientos y proyectos en torno a la unificación peninsular. Valera estuvo naturalmente al tanto de los trabajos que un reducido pero entusiasta núcleo de escritores y políticos desplegaba para su logro. Sin desmarcarse por entero de su cruzada, nuestro autor tomaba posiciones propias, un tanto a redropelo de dicha corriente.

La Unión Ibérica durante la Unión Liberal

Aún sin negar la materialización de los ideales iberistas, el escritor cordobés la alejaba, sin embargo, del horizonte próximo e incluso de las generaciones inmediatas. Comprendía bien que los afanes de algunos de sus más ilustres coetáneos se enmarcaban plenamente en el anhelo de unidad que había hecho posible en el escenario de la gran historia la aparición de la Alemania de Bismarck y la Italia de Cavour. Pero aunque los mismos vientos flotasen en la Península Ibérica, sus circunstancias en nada o en poco se parecían a las que facilitaron el sueño de los patriotas alemanes y *risorgimentistas*. Bien al contrario de lo que acaeciera en tierras germanas o italianas, algunos capítulos decisivos de la historia de las relaciones hispanoportuguesas desalentaban más que propiciaban no ya la unidad sino incluso la cooperación. El escepticismo benévolo de D. Juan le llevaba a no cerrar demasiadas puertas a la esperanza pero, repetiremos, en todo caso ésta apenas si se divisaba con algún rasgo firme en lontananza, lo cual no fue obstáculo para propinar un contundente varapalo al opúsculo de un gris publicista lusitano, que se dejó llevar en su *A Fundação da Monarquia Portuguesa. Narração anti-iberica* (Lisboa, 1860) por la vena antiespañola que, en oposición a su tendencia hispanófila, se disputó siempre sus preferencias. Los sueños iberistas podían incurrir en quimeras, pero eran peores los alegatos ciegos a una fraternidad dictada por la historia, la geografía y... el interés⁷.

A fuer de sinceros, habría de reconocerse que también en España no faltaban gentes que con sus prisas y elucubraciones daban pasto a la leyenda negra en un país siempre proclive a aceptarla. Con copia de argumentos históricos, literarios y políticos, tal era la tesis explanada por el humanista andaluz a lo largo de ocho amplios artículos periodísticos que a modo de reseña o, por mejor decir, de comentario bibliográfico del folleto *La fusión ibérica* del gran astorgano Pío Gullón, aparecieron en la revista madrileña a finales de 1861 e inicios de 1862. Ocioso se hará recordar que dicho libro gozó de una gran audiencia en su tiempo, llegando a marcar en el acervo publicístico e ideológico acerca del tema un hito referen-

xeira de Vasconcelos)» en *Studia Hispanica* in honorem R. Lapesa, Madrid, 1972, III, 46. Vid igualmente V. de Sa, *A crise do liberalismo e as primeiras manifestações das ideias socialistas em Portugal (1820-1852)*. Lisboa, 1969, 362 y ss.

⁷ «Las empresas literarias del señor Teixeira de Vasconcellos», apud C.C. Decoster, Juan Valera, Artículos de «El Contemporáneo». Madrid, 1966, 149-52.

cial. Trabajo de juventud, presentaba, sin embargo, como advertía su crítico cordobés, sus puntos débiles más en el tono y en la información que en el discurso, bien trabado y mejor expuesto. Para los familiarizados con este importante capítulo de la historia de las ideas políticas del XIX será igualmente inútil insistir en los motivos que lo alumbraron y en las coordenadas en que sus páginas se encuadran. Tras los intentos auspiciados por el propio e ilustrado monarca portugués Pedro V de llevar a cabo la unidad entre los dos pueblos peninsulares en los días finales del moderantismo, campaña en la que, como acabamos de decir, se mostró particularmente combativa una importante corriente intelectual lusitana, en la plenitud del unionismo se cambiaron las tornas y sería ahora el gobierno español el que, muy en sintonía con la política de prestigio desplegada por el odonnellismo, alentara la consecución de la empresa unificadora. Pese a que su autor lo desmintiera, corrió ampliamente por mentideros y tertulias de la Villa y Corte la especie de que *La fusión ibérica* fue escrito al dictado de las miras gubernamentales e incluso de la misma Isabel II, muy dolida por las antiguas pretensiones portuguesas que de realizarse habríanse alzado sobre su derrocamiento⁸.

No era, sin embargo, un prurito de contestación política —siempre muy secundario en toda su producción— el que movió a Valera a situarse en posiciones casi diametralmente opuestas a las defendidas por Pío Gullón. Frente al planteamiento de éste, que consideraba a Portugal como una pieza más del rico y variado mosaico español, D. Juan destacaba el hecho clave de su profunda nacionalidad, nacionalidad que, de manera muy madrugadora, había encontrado una fórmula estatal por el contrario de lo que sucediera con otras tierras y regiones peninsulares. Así, todos los atributos de la soberanía política y de la independencia habíanse usufructuado por el país vecino desde los remotos tiempos medievales e impreso en su conciencia colectiva una inextirpable vivencia de autonomía y plenitud nacionales a la que el mismo paréntesis de 1580-1640 no había hecho otra cosa sino acentuar. «En nombre de la fraternidad que debe unirnos a los portugueses [...] hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nación; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península [...] es una nación, y su historia y su literatura, independientes y grandes, le dan todo el carácter y las condiciones de serlo. No son los portugueses una fracción de nuestra nacionalidad, que ha constituido un Estado aparte, sino que son una nación gloriosa y distinta, como lo fueron la aragonesa y la escocesa. Pero esto no se opone a la posibilidad ni a la realización de la unidad pacífica de ambos reinos, en un futuro más o menos remoto. El error del señor Gullón no está, a nuestro ver, en buscar la unidad, sino en buscarla

⁸ Un ligero esbozo del tema en T. Martín Martín, «El Iberismo: una herencia de la izquierda decimonónica», en Cuatro ensayos de Historia de España. Madrid, 1975, 47-68. Más completo es el panorama —en el que curiosamente no figura ninguna referencia a Galdós ni a Valera— de J. del Nido y Segalerva, *La Unión Ibérica. Estudio crítico, histórico de este problema formado con cuanto acerca de él han escrito los historiadores, así portugueses como españoles, y los defensores de ella. Madrid, 1914. Tras señalar que el concepto de historiadores poseído por este escritor andaluz es muy amplio, recordaremos cómo su formulación ibérica se sintetizaba en la creación de una «monarquía federativa».*

⁹ O.C., Madrid, 1947, III, 683.

¹⁰ «Que la literatura portuguesa tiene un carácter propio que la distingue de todas y de la misma literatura del resto de la Península, es una cosa indudable y que se nota así en las excelencias como en las faltas. La lengua no es tan sonora y enérgica, pero es más rica que la lengua castellana. El mayor cultivo de los idiomas y literaturas de Roma y de Grecia en Portugal ha enriquecido el portugués con mayor número de voces y giros que el castellano [...] Portugal ha tenido también sabios prosistas, elegantes y enérgicos, historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el señor Gullón, a Camoens y a unos cuantos nombres aislados [...] Creemos haber demostrado, aunque harlo ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una gran historia, una gran literatura y un carácter propio nacional [...] Aunque estuviésemos de continuo pugnando por persuadir a los portugueses de su escasa importancia, no se persuadirían de ella y tendrían razón, y sólo conseguiríamos, en vez de hacerlos amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre». Ibidem.

¹¹ Ibid, 684-85.

¹² «El ejemplo de Italia debiera retraernos del iberismo, en vez de animarnos a seguirlo y realizarlo. Allí no había más que una nación humillada y hollada de continuo por el extranjero. Sus divesos estados eran creacio-

y en no creerla posible sin menoscabar la nacionalidad portuguesa y sin oscurecer sus brillantes blasones. Por lo demás, convenimos con él en que la configuración topográfica de ambos países, la religión, la raza, las costumbres, nos convidan a unirnos, y en que Portugal puede un día ser España, sin perder por eso sus timbres y lauros antiguos, como no los han perdido ni Aragón ni Castilla»⁹.

Las grandes creaciones del genio portugués, la literatura y el arte, en cuyas excelencias y momentos estelares se engolfaba deleitosamente la ática pluma del cordobés, se ofrecían a la mirada del estudioso y del espectador imparcial como los títulos más incontestables de la nacionalidad lusitana¹⁰. Es lo cierto que hasta el propio siglo XVI y antes de la anexión de Portugal por Felipe II, sus reyes, dirigentes, artistas y pueblo se consideraban parte integrante de una España ibérica. Fue entonces, según Valera, el *kairós*, el instante más propicio que encontraron las relaciones entre los dos pueblos para su soldadura en un mismo Estado, conforme en tres o cuatro ocasiones estuvo a punto de producirse sin violencia ni coacción algunas. No fue así; y ya ninguna generación posterior hubo de encontrarse con terreno tan allanado y con viento de popa para la unión fraternal, íntima y deseada mutuamente¹¹.

Tampoco ahora, esto es a mediados del ochocientos, pintaban oros para alcanzar tan noble y respetable ideal. Una y otra vez la pulcra pluma de D. Juan, nunca entorpecida en su ágil andadura por la vasta y actualizada cultura del escritor, volvía a alancear los molinos de viento de los iberistas más ardientes. El ejemplo de Italia —aún no se había perfilado en el horizonte, aunque estuviera muy próxima, la Alemania bismarckiana— constituía para ellos, según se recordará, el santo y seña, el espejo en que su empresa mejor podía mirarse. Valera refutaba tal aserto, mostrando la distancia sideral que separaba el empeño de los *risorgimentistas* del de los partidarios de la Unión Ibérica¹².

En aquella otra península mediterránea jamás habían coexistido dos nacionalidades. Atomizada en un sinfín de reinos y principados, sus habitantes nunca habían perdido por ello la idea de pertenecer a una sola y exclusiva nación. Como siempre, Valera acudía a las artes y, de modo especial, a las letras para que así lo atestiguaran.

Todo era allá favorable para la unidad; nada había acá verdaderamente propicio para ella. Ninguna corriente poderosa, ensimismados los dos países en su irrefrenable postración; ningún ideal auténticamente colectivo que aunase esfuerzos y tendencias al norte y sur del Miño o del Guadiana; ninguna necesidad histórica, que en el pensamiento de D. Juan siempre era efecto y producto de una etapa de expansión y auge. En la teorización ideológica e histórica así como en el plano de los intereses superiores en